

EL DEBATE PARADIGMATICO EN LA DISCIPLINA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES. UN ENFOQUE LATINOAMERICANO.

Roberto González Gómez*

El debate teórico que viene desarrollándose desde fines de los años 70 en la disciplina de las Relaciones Internacionales, se intensificó con las grandes transformaciones ocurridas en el escenario internacional al iniciarse la última década del siglo XX, y en el umbral del XXI.

El sistema internacional se recompone en la post guerra fría, en medio de tendencias contradictorias y una dinámica convulsa, turbulenta y conflictiva. Los acelerados cambios mundiales, que escaparon a todas las previsiones, han cuestionado ideas preconcebidas, sistemas de valores, paradigmas interpretativos.

Esbozamos a continuación algunas de esas transformaciones fundamentales y las principales tendencias que se van afirmando en la dinámica internacional:

- La implosión del bloque de países socialistas europeos y la desintegración de la Unión de RepuSS, puso fin a la guerra fría y en buena medida a toda la segunda postguerra, signada por la confrontación bipolar este-oeste.
- Los Estados Unidos emergieron victoriosos de la confrontación como única superpotencia mundial en todos los planos del poderío militar, económico, de influencia política e ideológica. Se perfiló una configuración de la relación de fuerzas coyunturalmente unipolar o monopolar, sustentada en sus recursos de poder “duro” y “blando”.
- La superpotencia norteamericana, desde luego, no salió indemne de la gran confrontación global, como lo demuestran los grandes déficits fiscales y de balanza de pagos, la enorme deuda externa, el deterioro de los niveles educacionales en primaria y secundaria, y de las infraestructuras de los centros urbanos, el alto grado de criminalidad, aunque esto no avale en

* Roberto González Gómez, Politólogo, Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

términos absolutos, la tesis “declinista”, popularizada en los años 80 por el historiador Paul Kennedy.

- La llamada tercera revolución tecnológica o industrial intensificó los procesos de transnacionalización y globalización de la economía mundial, que se perfilan desde los años 70, tendencia profunda que venía transformando silenciosamente la dinámica internacional en un sentido tan dramático como los procesos que llevaron al colapso del socialismo europeo. El fenómeno condujo al fortalecimiento de nuevos centros capitalistas basados en la conformación de megabloques económicos bajo el impulso o liderazgo de Alemania en Europa, Japón en Asia, los Estados Unidos en América del Norte y a la acrecida rivalidad económica intercapitalista y apunta, en un plazo mayor, a cambios sustantivos en el balance de fuerzas mundiales.
- La monopolaridad, sobre todo estratégico-militar de los Estados Unidos se ve contrarrestada por la tendencia a la multipolaridad sustentada en los polos económicos del capitalismo. Como respuesta, los Estados Unidos se proyectan a la constitución de un megabloque hemisférico en América, comenzando con la articulación de Canadá, México y la Cuenca del Caribe.
- La multipolaridad económica, a la larga también estratégica, se ve reforzada por los fenómenos de regionalización y difusión del poder. En la periferia emergen potencias medias aspirantes a superpotencias para el siglo XXI, como China o India. Rusia, que conserva el poderío militar estratégico-nuclear de la antigua URSS, puede recuperar su estatura de gran potencia mundial si logra superar, en unas décadas, sus actuales problemas económicos y políticos, originados en el salto apresurado del socialismo de estado a un capitalismo semisalvaje, con perfiles mafiosos.
- Las tendencias a la integración del capitalismo mundial sobre la base de la interdependencia económica y la homogeneización tecnológica en una nueva fase de acumulación global, se ve contrarrestada por la tendencia a la rivalidad de los nuevos bloques económicos y la amenaza de fragmentación del sistema internacional.

- El fin de la guerra fría no ha significado la paz mundial y por el contrario el “dilema de seguridad” se traslada al sur, donde la precaria situación del Tercer Mundo es fuente de renovados conflictos regionales que el “Directorio” de las potencias capitalistas trata de “policar”. La “contención del sur”, dentro de un nuevo esquema hegemónico, sustituye a la anacrónica “contención del comunismo” que orientó la estrategia de occidente en las décadas de post guerra.
- Con estas transformaciones internacionales cambia sustancialmente la agenda internacional, que pasa ahora a privilegiar los temas que ayer eran menospreciados como “baja” política por la diplomacia tradicional: la economía y la tecnología, la ecología y el deterioro del medio ambiente, la demografía y sus secuelas migratorias para el norte desarrollado, el narcotráfico, ocupan la atención, junto al resurgimiento de viejos “fantasmas” como los nacionalismos extremos y el fundamentalismo religioso vinculado a fenómenos de contracultura desde el sur. El terrorismo, estimulado en no pocas ocasiones desde los estados centrales del norte desarrollado, se transforma en un fenómeno con implicaciones globales, como los recientes acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington han puesto trágicamente de manifiesto.

En vez del “nuevo orden mundial” que las grandes potencias tratan de imponer y hegemonizar, un escenario desordenado y convulso, plagado de tendencias contradictorias, se afirma en el plano internacional. Parecería que estuviéramos presenciando una desestructuración del sistema internacional a que estábamos acostumbrados, en un contexto en que nuevos actores no estatales y de carácter transnacional, influyen en las dinámicas planetarias. Los tradicionales paradigmas interpretativos de la realidad internacional parecen insuficientes ante este nuevo escenario, de complejidad sin precedentes. Sin embargo, la correcta intelección de los fenómenos internacionales, se troca en una imperiosa necesidad para todos los actores implicados, y en primer lugar, para los países del sur, amenazados con la incorporación subordinada a los megabloques económicos en gestación liderados

por el capitalismo central, y para aquellas fuerzas comprometidas con el futuro de la Humanidad.

EL DEBATE PARADIGMATICO

La indagación en Relaciones Internacionales, en su sentido más amplio, ha estado dominada, desde la conformación de la disciplina en los medios académicos anglosajones, y particularmente norteamericanos, por paradigmas interpretativos procedentes de los medios universitarios de las potencias centrales, sobre todo por el *paradigma realista*.¹

Caracteriza a este paradigma su énfasis estatocéntrico, su concentración en las cuestiones del poder en el plano internacional, que privilegia las cuestiones de seguridad y los análisis diplomático-estratégicos. Para los realistas políticos cuentan fundamentalmente los estados y entre ellos las potencias principales de cada momento histórico, entrelazados en una dinámica conflictiva que los condiciona a la búsqueda, preservación y expansión del poder. Y, en un medio internacional que es concebido como esencialmente anárquico, sólo el equilibrio del poder puede introducir y garantizar cierto orden y estabilidad. Se trata de un enfoque que privilegia la política “como es” no como “debería ser” y que parte de una visión de la naturaleza humana como dominada por el egoísmo y el ansia de poder, que lleva la impronta de un indudable pesimismo antropológico. Pero, incuestionablemente, el realismo ha sido un paradigma fuerte en la interpretación de los fenómenos internacionales, que se apoya en una larga tradición del pensamiento y de la práctica políticos, que tiene sus raíces en la Antigüedad clásica

¹ Utilizo el concepto de paradigma según la definición, que me parece adecuada, del profesor Español Celestino del Arenal: “Un paradigma consiste en una serie de postulados fundamentales sobre el mundo, que centran la atención del estudioso sobre ciertos fenómenos, determinando su interpretación”. Ver su libro *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Ed. Tecnos. S., Madrid, 1990. Sobre los paradigmas interpretativos de las relaciones internacionales, sigue siendo de utilidad el excelente artículo de Phillippe Braillard, “Las Ciencias Sociales y el estudio de las relaciones internacionales”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, no. 4, 1984. Ver también la obra reciente de Fred Halliday, *Rethinking International Relations* MacMillan Press, Ltd. London, 1994.

y se asienta sobre todo en la experiencia de la Europa moderna desde el Renacimiento. Toda la historia internacional del siglo XX con dos guerras mundiales y el período de la guerra fría, han contribuido a confirmar sus postulados esenciales. Inspiradas por el paradigma realista se han producido además las primeras elaboraciones teóricas sistemáticas de las relaciones internacionales, y ha desempeñado un papel central en todo el desarrollo de la disciplina hasta hoy.

El *idealismo internacionalista* predominante en los años 20 y 30 en estrecha vinculación con los progresos del Derecho Internacional y sobre todo con la creación de la Liga de las Naciones y las grandes esperanzas puestas en el principio de seguridad colectiva, no pudo prevalecer en el análisis de la realidad internacional frente al enfoque realista, pese a que el establecimiento de las primeras cátedras de relaciones internacionales en países como Inglaterra o los Estados Unidos, estuvo presidido por la visión de desarrollar una especie de “ciencia para la paz”. El idealismo, que hunde sus raíces en toda la tradición ética del occidente cristiano, del Humanismo, de la corriente liberal, no llegó a constituir, en rigor, un paradigma alternativo en el terreno científico, sino más bien la expresión, llevada al plano analítico, de buenos deseos y aspiraciones utópicas, para el momento histórico, sobre la política como “debería ser”. Justamente la gran debilidad del idealismo liberal como enfoque interpretativo de la problemática internacional consistió, en parte, en su intento ahistórico de conformar abstracciones morales en el análisis de una realidad tan compleja, contradictoria y conflictual. A esto se une su vinculación con el experimento frustrante de la Liga de las Naciones y su utilización demagógica y farisaica por ciertos estadistas de las potencias centrales, como el presidente norteamericano Woodrow Wilson, que lo descalificaron como enfoque consistente del escenario mundial. Los acontecimientos internacionales de los años 30, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y posteriormente el desarrollo de la guerra fría parecieron invalidarlo.

Así las grandes construcciones teóricas en nuestro campo estarían dominadas por el paradigma realista, que encontraría exposiciones sistemáticas, aunque diferenciadas, en los trabajos seminales de George Schwarzenberger, Hans Morgenthau y Raymond Aron, y en la pléyade de cultores de la disciplina, sobre todo en los Estados Unidos y Europa Occidental. Desarrollo que, de otra parte, y particularmente en los Estados

Unidos, por su estrecha vinculación con una política exterior proyectada en el sentido de la “contención del comunismo”, haría de la disciplina una especie de ciencia al servicio de las grandes potencias, sin que ello demerite sus logros en la intelección de una vertiente de los fenómenos internacionales.

Del viejo y desacreditado idealismo liberal del período de entreguerras, queda, sin embargo, la justa aspiración a un ordenamiento internacional basado en los principios del Derecho Internacional, tan caro para los países más pequeños o débiles, y a una convivencia mundial fundada en la cooperación, sobre la base de la democratización de las estructuras nacionales e internacionales. Su utilización demagógica por ciertas potencias y su intrínseco reformismo, no debe hacernos olvidar su enraizamiento en los mejores ideales de la Humanidad y sobre todo su aspiración a no resignarse pasivamente ante lo que es, sino la voluntad de trabajar activamente por lo que debería ser. Lega, a pesar de sus frustraciones, una proyección transformadora en sentido positivo, que descarta el pesimismo antropológico del realismo.

Este enfoque solo fue cuestionado efectivamente en los primeros años 70, por el llamado *paradigma de la interdependencia compleja*, fundamentados por los trabajos originales de Joseph Nye y Robert Keohane.² Las grandes transformaciones ocurridas en el escenario internacional con la terminación del proceso de descolonización, los primeros pasos hacia la globalización de la economía mundial, el surgimiento de nuevos actores transnacionales y no estatales, y el proceso de distensión internacional iniciado en aquellos años sobre todo en la Europa de la “Ostpolitik” y la Conferencia de Helsinki, cuestionaron ante muchos estudiosos la visión tradicional de la escuela realista, que no parecía ahora un instrumento explicativo de suficiente vigor. Se enfatizó el surgimiento de una pluralidad de actores internacionales que cancelaba la visión estatocéntrica de la realidad internacional, hecho reforzado por la creciente interdependencia entre las economías, que tiende a disminuir el papel de los estados, privilegiando las fuerzas transnacionales. El concepto de interdependencia se

² Ver por ejemplo el trabajo de Joseph Nye y Robert Keohane, “International Interdependence and Integration” en el Volumen 8 International Politics de la obra *Handbook of Political Science*, editado por Fred Greenstein y Nelson W. Polsby, Addison-Wesley Publishing Co. USA, 1975. Ver también de ambos autores *Poder e Interdependencia: la política mundial en transición*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988.

transformó en el eje central del nuevo paradigma, como el poder y la seguridad nacional fueron elementos centrales para el realismo político.

De nuevo se trató de un paradigma desarrollado desde las potencias capitalistas y particularmente los Estados Unidos, que, significativamente, no integra adecuadamente la problemática del Tercer Mundo y pasa por alto los fenómenos de desigualdad internacional. En una palabra, desconoce o no aborda con rigor, y no por casualidad, el carácter asimétrico de la interdependencia y se proyecta, con claros perfiles ideológicos, al sostenimiento de un statu quo internacional de subordinación del sur, afirmado en una nueva concertación entre las potencias del norte industrializado, basada además en la búsqueda de acomodos, en aquellos años, con el bloque de estados socialistas.

El “interdependentismo”, de otra parte, contribuyó en gran medida a revitalizar el enfoque liberal de las relaciones internacionales, invalidado para la corriente académica principal por el contenido idealista utópico de sus propuestas en el período de entreguerras, hasta el punto de que para destacados estudiosos el viejo idealismo queda subsumido, como un aspecto dentro de un renovado *paradigma liberal*.³

El hecho de que los nuevos fenómenos internacionales no cuestionaron esencialmente aspectos fundamentales de la concepción tradicional de la dinámica mundial, y, en particular, el papel de los estados, sobre todo de las grandes potencias, ni los fenómenos del poder, ni el recurso a la fuerza militar, y que con el inicio de la década de 1980 y el ascenso en Washington de la administración Reagan se inició otra fase de la guerra fría, quedó cuestionada, parcialmente, la validez del paradigma de la interdependencia y puestos a la defensiva sus expositores. Desde un punto de vista estrictamente académico, además, los interdependentistas han sido incapaces hasta ahora, de ofrecer una elaboración teórica comparable a las grandes sistematizaciones de un Morgenthau o un Aron, que sirviera a la consolidación de un nuevo o revitalizado paradigma liberal.

³ Ver, en este sentido, el interesante estudio de Andrew Moravcsikk, “Liberalism and International Relations Theory”, *Working Paper Series*, #92-6, Revised, The Center for International Affairs, Harvard University, April, 1993,.

Así, el realismo se afirmó una vez más como el paradigma predominante, ahora bajo la fachada de algunas “modernizaciones” indispensables como la aceptación, dentro de una visión básicamente estatocéntrica, del papel de los nuevos actores internacionales, y sobre todo, por la incorporación del análisis sistémico-estructural a la investigación de la sociedad internacional. Este “neorrealismo estructural”, mantiene entonces la vigencia y la primacía, en un contexto creciente de pluralismo paradigmático.⁴

El interdependentismo aportó, sin embargo, un elemento interesante a este debate, al enlazar, como señalamos más arriba, con la tradición idealista-liberal, en cuanto aspiración de superar la conflictividad internacional. Los seguidores de Nye han visto precisamente en la interdependencia económica y la creación de regímenes internacionales, la posibilidad de asentar sobre bases más sólidas, y, por cierto, no exentas de “realismo”, pero de forma novedosa, la búsqueda de la cooperación internacional. Hace ineficaz su posición en este sentido, el que no ahonden suficientemente en el carácter asimétrico de la interdependencia y los fenómenos de desigualdad y subordinación en el escenario internacional.

Desde esta perspectiva, precisamente, se desarrolló el tercer paradigma interpretativo de la realidad mundial, de mayor significación en las últimas décadas, que esta vez no provino de las potencias centrales, sino del sur, de América Latina: *el paradigma de la dependencia*. Elaborado desde fines de los años 60 por un conjunto de estudiosos latinoamericanos, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, entre otros, y un científico social alemán, André Gunder Frank, de larga vinculación con América Latina, este enfoque, vinculado a las concepciones estructuralistas y marxistas, cuestionó desde las teorías del desarrollo imperantes en el subcontinente, el funcionamiento de la economía mundial capitalista, creadora por un lado de desarrollo en un polo, en el norte, los países centrales y subdesarrollo en el otro polo, el sur, la periferia. Este enfoque, centrado en los fenómenos de la economía

⁴ Un buen ejemplo es la obra de Kenneth N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988. Sin embargo, no todos los realistas se han adherido a esta modernización del enfoque, que consideran muy determinista. Por ejemplo la llamada “Escuela inglesa”, con representantes como Martín Wight o Hedley Bull. Tampoco un estadista y exacadémico, esencialmente realista como Henry Kissinger, del cual bastaría revisar una de sus últimas obras *Diplomacy*, Simon & Schuster, USA, 1994.

mundial, cuestionaba desde su aparición la ideología de la interdependencia y facilitaba el reconocimiento más amplio de la visión marxista como otro paradigma interpretativo de las relaciones internacionales, hasta entonces negado por la corriente principal de la disciplina en el mundo occidental, a causa de lo que se percibía como subordinación de este enfoque a la política exterior soviética y del bloque socialista y a los fenómenos de dogmatismo que contribuyeron al estancamiento de un pensamiento que, sin duda, hubiera podido abrir nuevos caminos en la indagación de la realidad internacional.⁵

El enfoque dependentista fue aprovechado por los teóricos del llamado “*Sistema Mundial*”, en torno a Immanuel Wallerstein y el Centro Fernand Braudel de la Universidad de Nueva York en Binghampton, para desarrollar una visión más amplia, y apoyada en el marxismo, del desarrollo del capitalismo desde el siglo XVI hasta conformar en el XX una verdadera “economía mundo” hegemonizada por los países centrales. La concepción de Wallerstein supera algunas insuficiencias de la Teoría de la dependencia, y con el concepto de *semiperiferia* admite el desarrollo relativo de algunos países del Tercer Mundo, sin que ello cuestione la supremacía del centro. Estudia los fenómenos de competencia interestatal dentro del polo hegemónico, integrando en una visión más totalizadora, aspectos que son centrales para la teoría internacional, como la

⁵ Sobre los orígenes y evolución de la teoría de la dependencia ver el excelente estudio de Joseph L. Love, “The Origins of Dependency Analysis” in *Latin American Studies*, Great Britain, 143-168, February 1990. Ver de Fernando Henrique Cardoso, “El Pensamiento Socio-económico Latinoamericano. Las últimas cuatro décadas”, en Revista *Nueva Sociedad*, #139, Septiembre-Octubre de 1995.

⁶ Ver de Immanuel Wallerstein su libro *The Capitalist World-Economy*, Cambridge Univ. Press, New York, 1984. Para una visión actual de la teoría del sistema mundial, ver de Christopher Chase-Dunn, *Global Formation, Structures of the World Economy*, Rowman & Littlefield Pub. Inc., USA, 1998.

lucha por el poder en el plano internacional, la competencia entre las grandes potencias, y las cuestiones de seguridad y estratégicas.(6)

La teoría de la dependencia y del sistema mundial de Wallerstein, han contribuido a consolidar en la academia occidental, el reconocimiento a un enfoque, a un verdadero paradigma de izquierda, cuyo núcleo constitutivo es el marxismo.

Hacia un nuevo paradigma desde América Latina

Así, cuando los cambios internacionales más recientes intensifican el cuestionamiento de todas las concepciones establecidas, se agudiza el debate interpretativo de la realidad internacional en restructuración y sobre los fundamentos mismos de la disciplina. El llamado "pluralismo paradigmático" encubre el desconcierto de los estudiosos frente a una realidad en rápido cambio y transformación cualitativa, y el desarrollo acelerado de nuevos fenómenos que no pudieron preverse, al menos con tal intensidad y ritmos tan acelerados.

Pero como toda ciencia, también la disciplina de las relaciones internacionales tiene pretensiones operacionales, y aspira, dentro de lo que es posible en los estudios sobre la sociedad humana, a prever el curso futuro de los acontecimientos a partir de la intelección teórica de la realidad estudiada, y, lo que es más importante, aspira a guiar la acción para encauzarla o transformarla, según los intereses que se privilegian, y en este contexto, el papel de los paradigmas interpretativos es fundamental. De nuestra lectura acertada del acontecer internacional depende la respuesta que demos a esta realidad cambiante y compleja.

Para nadie es una necesidad más apremiante que para los países del Tercer Mundo, amenazados, con la terminación de la guerra fría, con su marginación, salvo por lo que se refiere a la problemática estratégica y de seguridad, en que comienzan a ostentar una centralidad que dudosamente puede considerarse un privilegio.

Se trataría entonces, de intentar la elaboración de un nuevo paradigma del sistema de relaciones internacionales en recomposición, pero desde el sur, desde nuestros intereses, condición subordinada y aspiraciones de ascenso económico y social. Un paradigma que no nos venga impuesto desde la hegemonía cultural del norte,

justificativo de supremacías y desigualdades internacionales. En suma, que sirva de fundamento a una disciplina de las relaciones internacionales al servicio de todos, de la humanidad, y no de utilidad casi exclusiva para las grandes potencias.

América Latina en sentido general, tiene un mayor desarrollo relativo que otras regiones del Tercer Mundo, y su ciencia social ha hecho aportes significativos para el conjunto de los pueblos del sur, particularmente en los estudios del intercambio desigual dentro de la economía mundial, la problemática del subdesarrollo y la mencionada teoría de la dependencia. En algunos países están muy desarrollados los estudios internacionales, y se cuenta con una comunidad académica especializada de nivel apreciable. Le cabría, por tanto, sin pretensiones hegemónicas, por demás ridículas, un papel relevante en esta búsqueda intelectual, de enorme significación político práctica. La elaboración de un nuevo paradigma interpretativo de las relaciones internacionales, a la altura del siglo XXI, constituye entonces un reto y un desafío para nuestros internacionalistas. Una tarea de servicio a nuestros pueblos.

Es lo que insinuó en un trabajo de los primeros años 90, el politólogo argentino, Roberto Russell, quien bajo la denominación de “neoliberalismo periférico” (que lleva implícita una nueva aproximación paradigmática), esboza un “mapa de ruta” que sirva para guiar la política exterior de un país latinoamericano, en este caso de Argentina. Aunque limitado por este marco relativamente estrecho, el intento resulta particularmente interesante y parece inscribirse precisamente en el sentido de estas reflexiones.⁶

Sin ánimo de pretender elaborar ese paradigma que sugerimos, (la tarea seguramente excede las capacidades de un solo estudioso), parece pertinente, sin embargo, apuntar algunas de las líneas por las que podría conformarse, sujetas a ulteriores desarrollos.

Un paradigma desde América Latina, no puede desconocer los aportes válidos de un enfoque de tanta tradición como el realista. Sin duda, aunque exista una multiplicidad de actores internacionales, los estados, y para este análisis en particular, las grandes potencias, siguen desempeñando un papel primordial en las relaciones internacionales. Los nuevos fenómenos de interdependencia y globalización de la economía no han cancelado el factor poder en la realidad internacional, ni han relegado la importancia de

⁶ Roberto Russell, “El contexto externo de la política exterior argentina: notas sobre el “ Nuevo Orden Mundial ””, en *Revista del Ministerio de Relaciones exteriores y Culto*, no. 2, Buenos Aires, año 1992.

los problemas de seguridad y militares, aunque los hayan desplazado hacia las periferias del sistema internacional.

De otra parte, para nuestros países es fundamental el reconocimiento del papel del estado no solo como actor internacional, sino como regulador e impulsor del desarrollo. Precisamente, uno de los efectos negativos del interdependentismo como ideología es el intento de socavar el rol del estado, pero sobre todo del estado tercermundista, porque las prerrogativas de los estados del mundo desarrollado no se cuestionan.

En una palabra, un paradigma desde América Latina tiene que partir de una buena dosis de realismo, pero de ese realismo que, sin desconocer la política como es, tampoco renuncie a la voluntad de transformarla en el sentido de cómo debería ser.

Del viejo idealismo internacionalista de entreguerras, o si se quiere, del paradigma liberal, debe tomarse la voluntad transformadora para afirmar en la convivencia internacional los mejores ideales de la humanidad, pero a través de un proceso que no desconozca las dificultades reales y que combine las acciones de los estados, y la pluralidad de actores internacionales, incluyendo los hoy significativos movimientos sociales, políticos y organizaciones transnacionales no gubernamentales. Un idealismo que parta de la rigurosa evaluación de las condiciones actuales y de las fuerzas que pueden promover u oponerse a los cambios.

Del paradigma interdependentista, o liberalismo positivo no utópico actual, a la necesidad de la integración en unidades mayores que el tradicional estado-nacional como reconocimiento a los factores que transforman la economía y la política mundiales, y a la vía más idónea para la defensa de los intereses de los pueblos del Sur. América Latina tiene en su historia y su cultura comunes un cimiento inapreciable para la integración. Al propio tiempo, esta gran tarea histórica debe enfocarse sin retórica, sin desconocer los inmensos obstáculos que levantan tanto la situación de dependencia de nuestras economías como la vastedad de los espacios geográficos y el problema real que plantea la transferencia de lealtades nacionales a unidades de escala continental. La dimensión integración debe formar parte del nuevo paradigma incorporada a través de estudios concretos de factibilidad y como un proceso, que, probablemente, se irá consolidando por etapas a escala subregional primero.

En la intelección de la compleja dinámica internacional en recomposición, un nuevo paradigma desde América Latina no puede desconocer los aportes del enfoque marxista de la realidad social, no aprovechados en toda su riqueza, precisamente por los errores prácticos y teóricos de la experiencia socialista europea. Sin dogmatismos, sin sectarismos, sin unilateralidad, pero sin superficiales desconocimientos originados en la desintegración de la Unión Soviética y sus aliados. De esta concepción enriquecida por los aportes del dependentismo y el enfoque del sistema mundial, la necesidad de estudiar los fenómenos de la economía capitalista como un todo, los mecanismos de la explotación y la desigualdad internacionales, fuente en definitiva de todos los conflictos. Y el fenómeno del imperialismo, cuya sola enunciación parece un anacronismo en el discurso y la reflexión académica y política de hoy, pero que desgraciadamente constituye todavía una realidad presente e inescapable para nuestros pueblos. El marxismo, depurado de dogmatismo, fórmulas esclerosadas y clichés ideológicos, debería desempeñar un papel central en la elaboración de una renovada concepción de la realidad mundial, por su gran capacidad para la integración dialéctica de las múltiples dimensiones del complejo escenario internacional de hoy.⁷

Puede discutirse la denominación del nuevo paradigma que se propone. No satisface enteramente el “neoidealismo periférico” de Russell, que sirve como guía, por cierto, a recomendaciones muy medidas y pragmáticas, más bien en la mejor tradición del realismo. Seguramente, las denominaciones basadas en los enfoques ya tradicionales no serían tampoco apropiadas. En todo caso lo importante es la nueva interpretación de un panorama internacional caracterizado por un margen amplio de incertidumbre y conflictividad, que sea capaz de integrar, sin el eclecticismo que se propone desde el norte con el “pluralismo paradigmático,” todas las dimensiones principales de la convulsa dinámica internacional, en un cuerpo teórico que guíe la acción transformadora a favor de una efectiva, justa, solidaria, en fin, humana restructuración de las relaciones internacionales.

Ese paradigma, en el que, sin duda, el marxismo debe desempeñar un papel central, debe servir, como contribución desde la Academia, a comprender la realidad tal cual es,

⁷ Para una reciente y excelente exposición de la importancia del marxismo para la teoría internacional, ver el Cap. 3 de la obra de Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, Op. Cit

con el objetivo de guiar la acción transformadora hacia lo que “debe ser”, rescatando lo normativo, la cuestión de los valores, cara a una visión desde la izquierda y presente en toda la obra de Marx. Debe integrar las visiones renovadas que aportan los nuevos actores sociales, la dimensión feminista de la desigualdad internacional, y la naturaleza del poder imperial en una era de globalización,⁸ e intentar esbozar las alternativas posibles en las nuevas condiciones.

Este paradigma renovado desde la izquierda, no debe constituirse en una nueva “jaula de hierro” teórica. Por el contrario, debe constituirse desde la gran diversidad humana del presente, y no desconocer el elemento de incertidumbre e impredecibilidad, implícito en la condición humana, y que, como ha señalado alguna vez Fred Halliday, la “historia siempre tiene la virtud de sorprender”.

⁸ Aludo aquí a la reciente concepción de Antonio Negri y Michael Hardt sobre el fenómeno imperial en la actualidad aunque no comparta enteramente el carácter demasiado especulativo de su reflexión postmoderna. Ver de Negri y Hardt su reciente libro *Empire*, Harvard Univ. Press, USA, 2001.